

PALACIO DE LOS SEÑORES DUQUES DE FRIAS, EN CADALSO.

ANTIGUALLAS

DE CADALSO-DE-LOS VIDRIOS, GUISANDO Y ESCALONA.

CARTAS A UN AMIGO.

I.

Tiéneme V. por breves días, señor canónigo, aposentado en el pueblo donde en toda su vida no quiso entrar D. Alvaro de Luna, porque en él un astrólogo, dicen, le había pronosticado su muerte: lugar antiguo, que se conserva intacto desde el siglo XVI; pero que en la distribución de las calles, en la obra de sus edificios y en el aspecto de su anchura cerca, pertenece á los tiempos del sabio rey D. Alfonso.

Cadalso-de-los-vidrios (1), situado en una elevada sierra, que es parte y antemural de la que divide ambas Castillas, dista doce leguas de Madrid al ocaso y once al norte de Toledo, cuya provincia domina en gran manera. Tiene trescientas casas, y no lejos, á Oriente y Occidente, dos escarpadísimas y altas cumbres, difíciles de superar por extremo, coronadas de sendas atalayas. La primera se apellida *La piedra muñana*, la segunda *La sierra cadalso*, tal vez porque en otra edad existiría en ella alguna fortificación ó baluarte de madera que hubo de darle nombre, y al pueblo juntamente (2). Ahora recuerdo que en los siglos caballerescos fué costumbre alzar palenques ó *cadahalsos* en guájaras y fragosidades, para que sin riesgo y á todo placer oteasen desde ellos las damas, viendo á los cazadores ya puestos en sus armadas, ya concertar y correr el monte. En la crónica del condestable D. Alvaro hallo que los hizo construir magníficos por estos contornos para la reina Doña Isabel de Portugal, sus dueñas y doncellas, cuando en diciembre de 1448 recibió el privado con una famosa montería á D. Juan el II que le otorgaba la señalada merced de visitarle en su villa de Escalona.

(1) Apellidase de esta manera por dos fabricas de vidrio donde se emplean muchos brazos.

(2) Dicen los naturales que la atalaya de *Piedra muñana* tiene una sala hermosísima abierta en la misma roca. Yo la he visto; es un zaquizami donde no podían cuatro hombres estar tendidos.

Covarrubias vacila en derivar la voz *cadahalso* ó *catafalso*, ya del griego *kata-phainomas*, ser vistos, aparecer en alto; ya de *catafalerum*, catafalco; ya del hebreo *cadad-herer*, como si dijéramos monte inclinado, por cuanto desde aquí empiezan á declinar los montes que dividen á Castilla la Vieja de la Nueva.

La de Cadalso yace en la vertiente meridional de la sierra, cubierta por allí de olivares, viñas y huertecillos, así como de espesos pinares por el lado opuesto, donde brotan fuentes de esquisitas aguas. Pinos, encinas, robles, acebos, alisos y jarales, visten los montes inmediatos en estension de algunas leguas; mas es la tierra de sembradío poca y endeble. Hay pues en estos riscos lugares dos grandes elementos de construcción, la piedra y la madera. A medida del deseo se trazan jambas y dinteles; el ripio y el ladrillo apenas se conocen, y los edificios, todos de sillería, son eternos. En cambio el color ceniciento de la piedra herroqueña comunica triste y severo aspecto á la población; y como no lo lleven á bien estos habitantes, la convierten en un arlequin, chafarrinando con llamaradas de cal, á modo de coraza, las puertas, las maderas, los techos y ventanas.

La *calle Real* atraviesa de cierto á Mediodía, teniendo por puño y contera dos mochas torres árabes con sus puertas de herradura, las solas que ya existen en la villa: una se llama *El arco de arriba*, y otra *El arco del horno de abajo*.

Muy cerca del primero, al Oeste, se ven las ruinas de un fortísimo castillo romano, cuyos bien trazados sillares están unidos por argamasa, más dura que la misma piedra, cuadrado, con torreones de la propia forma en cada esquina, y la puerta al Sud. Los gruesos muros, taladrados por saetias, se conservan á la altura de una y dos varas, y como de treinta es el patio que dejan en el centro. Dan los naturales á este sitio el nombre de *La plaza de armas de los moros*.

La iglesia parroquial, dedicada á la Asunción de Nuestra Señora, alta, espaciosa y elegante, comenzó á edificar á últimos del siglo XV, concluyéndose á mediados del siguiente; pero al culto no se abrió hasta 1578. En ella ofrecen agradable conjunto mezclados el gótico y el renacimiento. ¡Lástima que haya perdido su antigua torre á consecuencia de la última guerra civil! Pero consolémonos con que la moderna arquitectura se ha esmerado en reemplazarla con un excelente mazacote. De algunas lápidas sepulcrales de los tiempos del último Enrique, tendidas en el pórtico, se infiere que debió de haber existido allí un templo más antiguo.

Aun se conserva destechado el que fué parroquial de Cadalso en el siglo XIII, y después ermita consagrada á Santa Ana, en la calleja de este nombre, notable por la sencillez y elegancia de sus pocos adornos, de su arco de herradura y de sus ventanas bizantinas.

Pero permitame V., amigo mío, que le celebre por su ancianidad respetable las casas de este pueblo, construidas las primeras ya cuando comenzaba á eclipsarse la media luna en las Navas de Tolosa, ya al

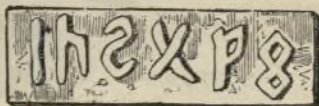
18 DE SETIEMBRE DE 1855.

tiempo de triunfar la cruz en el Guadalquivir, ó á la sazón de agitar sus pretensiones el autor de las *Partidas* al imperio de Alemania. Son de mampostería concertada y trabada con yeso, de muy sencilla y primitiva forma; y en las más antiguas, los dinteles se engalanaban con toscos grabados de cruces, aspás, ruedas, jarros, coronas y flores, más ó menos profusamente, de esta manera:



en precio de nueve maravedis, pagaderos en tres plazos; á condicion (expresaron) «de que nos fagades de lo vuestro una casa de nuevo en nuestra heredad de Cadafalso e que acabedes el portal.»

En la calle Real, como es de suponer, existe mayor número de edificios notables. Sobre una puerta fuera del Arco de arriba se ve entallado el nombre de Jesucristo:



En la acera de la izquierda, cerca de la calle de la Carnicería, la antepenúltima casa fué levantada en 1262, segun este letrero de caracteres iguales á los que acabamos de dibujar:

¶ Ihs xps es con nos era m.ccc. anos.

Linda con la de D. Alvaro de Luna, hecha en 1446, donde no puso mayor obra ni otro distintivo el maestre de Santiago, que el escudo de sus armas, orlado con las conchas.



Mucho más adelante en la misma acera, muestra ya la casa del Curato ricos adornos de ramos, lises, hojas, escudos y leones, publicando en su arquitectura el reinado de los Reyes Católicos, así como el edificio que está enfrente recuerda al punto la dominación de la casa de Austria. Su portada dórica con infulas de greco-romana, su gran escudo, los salvajes ó gigantones que le defienden á un lado y otro, las líneas rectas de sus ménsulas, cornisas y pilastras, todo forma un agradable contraste ya con la severidad ya con los ornatos caprichosos de los demás monumentos artísticos. Pero si en este pertenece la principal fachada al siglo XVI, corresponde al XV la del costado, importante sobremanera por conservar la única ventana arquitectónica de la población. Es bizantina, de bellas proporciones, con labores tomadas de las toscas y primitivas de los dinteles ya referidos: ramos y bastones cercan y enlazan la rueda de Santa Catalina, la cruz, un jarro, dos estrellas y dos lises.

No quiero dar punto á lo que me ha llamado la atención en esta clase de edificios, sin decir á V. que el dintel de algunos muy antiguos se ve sostenido por rudas cabezas de leones; que en el de otros se halla escrito de no moderna letra cursiva el nombre de Jesús; y tal vez el de su dueño, con caracteres gótico-alemanes, á este modo:

montalvo.

De alguna de tales casas hay memoria en escritura del siglo XIII, que se guarda en el archivo de la iglesia de Toledo. El dean y cabildo arrendaron á primero de junio, era 1294 (1256) á Doña Leocadia, hija de Estéban Yllan, alcaide, y muger de Fernando Perez, todo lo que tenían en Cadafalso, aldea de Escalona, de casas, viñas labradas y por labrar, y la casa del arcipreste Pedro Masa, sin algeha ninguna,

Las casas de ayuntamiento, de orden toscano, son de la época de Felipe II.

Grandes pleitos sostuvo Cadalso con Escalona durante muchos siglos, por eximirse de su jurisdicción, y llamarse villa y dejar de ser aldea. Hacíasele duro el vasallaje, y apellidaba libertad en todas las revueltas de Castilla. En las parcialidades de D. Pedro y D. Enrique siguió la voz del bastardo; rebelada Escalona por la Beltraneja, hallaron aquí grande apoyo Fernando é Isabel, con lo que se proclamó villa Cadalso, y puso horca, picota, cadena, cepo y azote y otras insignias de justicia; pero hecha la paz, se vió como siempre á su rival sujeta y esclavizada. (1).

Cúmpleme ya hacer una ligera reseña del palacio de los duques de Frias, monumento precioso de la segunda década del siglo XVI. Está situado fuera de la población, al ocase, dominando gran territorio, en el paraje más pintoresco y frondoso de la villa, merced al golpe de agua que encañada baja de la sierra Cadalso. Conserva unida parte del alcázar erigido por D. Juan Pacheco, favorito de Enrique IV, de que existen algunas construcciones de ladrillo, cinco góticas y muy lindas columnas de mármol de Paredes en un corredor á la entrada; y dos salones espaciosos, donde resonaron los agitados acentos de aquel monarca, de la princesa heredera Doña Isabel, del maestre D. Juan Pacheco, del Arzobispo de Sevilla, y de los condes de Plasencia, Benavente y Miranda en la noche del lunes 19 de setiembre de 1468, horas después de la famosa jura de los Toros de Guisando.

La historia moderna debe tambien un recuerdo á este edificio. Aquí vivió retirado el infante D. Luis, cuando por su casamiento desigual perdió la gracia de su padre el juicioso Carlos III, y aquí nació el cardenal Borbon, fruto de tan infortunados amores. Pero volvamos á los tiempos antiguos.

Transformaron completamente el alcázar por los años de 1520 D. Diego Lopez Pacheco y su muger Doña Juana Enriquez, duques de Esca-

(1) No es ocioso consignar aquí algunas curiosas noticias cronológicas de Escalona y Cadalso.

Fuéron señores suyos el infante D. Manuel, hijo de San Fernando, que en su segunda muger, Doña Beatriz de Saboya, tuvo al príncipe

D. Juan Manuel. Este en segundas nupcias casó con Doña Blanca de la Cerda, de cuyo enlace fué fruto

D. Fernando Manuel, quien, muerto su padre en 1547, heredó las grandes tierras llamadas de D. Juan ó el Marquesado, por el de Villena. Casó con Doña Juana Despina, hija del infante de Aragon D. Ramon Berenguel; y falleció en 1550. Dejó solo una hija,

Doña Blanca, que moza, murió sin sucesión en 1560.

Con esto volvieren los estados al patrimonio real; y aun cuando D. Enrique II los dió en 1566 á D. Alfonso, conde de Denia, por ser parcial suyo, no salieron de la corona hasta 1424, en que Juan II enriqueció con ellos á su favorito D. Alvaro de Luna. A su muerte tornaron al rey, y en 1470 pasaron para siempre á la casa de Pacheco.

Sobre jurisdicción hay lo siguiente:

Año de 1150. A 6 de enero, el rey D. Alonso octavo dió términos á los pobladores de Escalona, y dentro de los cuatro mojonos que les señaló está comprendido Cadalso, conforme á esta cláusula: *Et dedit eis Alefonsus Rex terminum ad populos Acalonae, del tremo cum tanie illa carrera, que vadat á Talavera por la sierra de Sant Vicent, assi cum las aguas de Quadamora, cadant in Alveris, et de alia parte de fonte Salce, et de parte de Maqueda cum cadat Pradana in Alveris.*

1252. San Fernando manda á Cadafalso avaya á Escalona á fueros é áseñales é encartamientos é á su mercado, como su aldea, é como solides, en tiempo de mi abuelo et en el mio fasta agora.

1261. El rey Sabio. «Por el gran amor y sabor que avemos de mejorar é honrar á la villa de Escalona, acrecentámesele é damosle por tierra é término é jurisdicción desde la boca del arroyo de la Guadamilia, el rio de Alberche arriba, acatant al castillo de Alfamin, monte arriba derecho á la cabeza mayor de Broncana... acatant á San Martin de Valdeiglesias, é derecho por la cuerda del pinar fasta al risco alto, acatant á Tórtolas... fasta las viñas de Navarredonda, y etc.»

1532. Pleito entre Cadalso y Escalona ante el rey D. Pedro sobre términos y castañares.

lona, marqueses de Villena y condes de Santisteban. Dispúsose la obra por artífice italiano, quien fijó su esmero en acomodar al gusto de los palacios de Génova y Florencia las condiciones de una casa fuerte española, puesto que los señores feudales, contrastando los esfuerzos de los conquistadores de Granada y del gran Cisneros, aun se resistían á desmantelar sus castillos y á descender á la servidumbre de los reyes. Grandes muros y torreones de defensa, plataformas, ladroneras y matacanes disimularon su gótica fortaleza con adornos de fajas, casetones, frontoncillos y candelabros, con ménsulas y antepechos rústicamente elegantes y con pensiles aéreos sobre las azoteas y murallas. Puede compararse aquella fábrica al adalid cuyo arnés trizado ocultan los pomposos vestidos de un torneo.

Situémonos en el jardín. Al frente miro una esbelta galería de dos altos sostenida por columnas jónico-compuestas, en cuyo centro se forma un pabellon saliente, para dar movimiento y gracia al edificio. Fuertes muros con ventanas de reja cercan el recinto. En cada ángulo hay tres pequeñas ornacinas platerescas y una puertecilla que ofrece subida á la anchisima azotea general de recreo y defensa, la cual descansa sobre grandes modillones, y á un lado y otro tiene antepechos de vez en cuando agujereados. A mi derecha avanza una torre descubierta por encima, que sirve de cenador con su mesa de piedra, entapizadas las paredes con yedras y parrizas. Alzase en medio del jardín un templete del mismo gusto arquitectónico de la galería, y en una cenefa por la parte interior de la cornisa corre este misterioso letrero:

voco inimico-mortale a li ochi-mei e provo co-ntario a la-vita ogni ha-bitato luogo-oc...

Una espaciosa huerta, donde el arquitecto labró en alto un estanque magnífico, rodea todo el jardín y le sirve de complemento. Alguna fuente genovesa con bajos relieves mitológicos y versos de Ovidio, rampas y escalinatas, calles de castaños y madroños, multitud de flores y frutales y dilatadas perspectivas amenizan aquel paraje y olvidan del tráfigo cortesano. ¿Qué extraño que los restauradores de este alcázar alabasen tanto la soledad campestre? Mas ¿por qué estremar la afición hasta el punto de ver en la humana sociedad un mortal enemigo, reputándola contraria á la vida? Tal vez lo explique la siguiente anécdota.

Favorito del último Enrique D. Diego Lopez Pacheco, hijo del maestre D. Juan, acérrimo partidario de la Beltraneja, y por ello harto abajado y pobre, habiendo sido el mayor señor que hubo en Castilla; valeroso campeón en la guerra de Granada, en cuyas escaramuzas quedó manco y donde por su arrojo, saber y prudencia cautivó la voluntad de los católicos monarcas Fernando é Isabel, creyó restaurada su casa y poderío, al emparentar con la real, uniéndose en matrimonio á la hija del Almirante D. Alonso Enriquez, prima carnal del soberano. Obtuvo sin embargo únicamente que se le pacificase en el señorío de Escalona, y el título, pero no la tierra del marquesado de Villena, porque para él ni para otro magnate, jamás quisieron aquellos príncipes enajenar de su corona ni tampoco una almena.

Muerta Isabel, y echando mano de la astucia, aguijoneó D. Diego la vanidosa impaciencia del primer Felipe, haciéndose lugar en su ánimo, y negociando la recuperación del territorio que tanto anhelaba. Un inesperado suceso desconcertó sus planes y malogró para siempre sus esperanzas.

1589. Se supone dada á 15 de setiembre sentencia declarando la libertad de Cadalso, por el franciscano Fr. Fernando de Illescas, confesor del rey, un oidor del consejo y un alcalde de casa y corte. Este documento fue redarguido de nulo y falso.

1591. Los vecinos de Cadalso reclaman su libertad ante Enrique III.

1421. Obtuvieron provision de Juan II para que se les oyese en justicia y sin perjuicio se ejecutase la sentencia de 1589.

1455. A 25 de julio revocó D. Juan II cualquiera carta ó privilegio por el cual pretendiese Cadalso sustraerse del señorio y jurisdiccion de Escalona, á fin de que aquella aldea no se yermase y despoblase. El sábado 15 de setiembre se ejecuta, dejando los alcaldes las varas y entregándolas al ejecutor, que lo fue el señor Luis de la Cerda.

1479. A 49 de mayo revocan los Reyes Católicos las cartas que habian dado á Cadalso para que fuese exenta de Escalona, cuando estaba rebelada por D. Diego Lopez Pacheco; y mandan quitar los alcaldes, alguacil, pregonero, horca y cuchillo; y que se reduzca á depender esta de aquella poblacion como siempre.

1479. A 14 de junio espiden sobre carta los mismos reyes para el cumplimiento de la provision anterior á que se resistia Cadalso. D. Alonso de Aragon, hermano del Rey Católico la lleva á efecto, derribando él mismo las insignias de jurisdiccion. En este documento se dice que el lugar de «Cadalso es el mas principal é la mejor tierra é mas frutifera, é de que mas se provee é bastece la dicha villa de Escalona,» la cual se despojaría si se eximiese de ella este lugar.

1526. Pone demanda Cadalso ante el Emperador, que estaba en Granada, pretendiendo ser libre y suyas y de su término las aldeas de Mojadillas, Navahendilla, Navas de Alhamia, los Toldanos, Berrocalejo, Escarvajosa, las Rozas y Cenicientos, con ciertos montes y castañares.

1528. Escalona fué absuelta de la demanda.

1559. Celebran sobre sus litigios transaccion Cadalso y Escalona, y la real Audiencia libra carta ejecutoria confirmando.

1560. Cadalso vuelve al pleito.

1567. Sentencia de revista á favor de este pueblo, de que suplicó Escalona con las mil y quinientas.

1600. Se imprime en Valladolid una Informacion en derecho por el marqués de Villena y su villa de Escalona, contra el lugar de Cadalso.

Vivia la marquesa Doña Juana en Toledo, haciéndole palacio diariamente muchos caballeros principales, y entre ellos un jurado de la ciudad, viejo verde y casquivano, de blanca barba, pero de rubia cabellera (que así se llamaban entonces las pelucas), de no buena disposicion, aunque de grande osadia. Llamábase Diego Terrin. Como hallase una tarde sin testigos á Doña Juana solazándose en sus jardines, tuvo atrevimiento para decirle palabras ni honestas ni decentes, que la hicieron retraer á una habitacion próxima, y en su alboroto gritar á los criados que matasen aquel loco. Púsole por obra con villana alevosia el mayordomo Vasco de Sayavedra á la mañana siguiente, sacando engañado de su casa á Terrin, y dándole muerte á palos con ayuda de otros tres mozos delante del hospital de San Pedro. Sintiólo el rey, se encomendó la pesquisa al doctor Cornejo, y ahorcados los asesinos, por aquello de *á fucia del conde no mates al hombre*, se impuso destierro perpétuo de la ciudad á la marquesa. No hubo remision del castigo, y toda solicitud fué en vano.

Compartió D. Diego voluntariamente con su muger la pena, y perdida la esperanza de volver al antiguo poderío, después de infinitos desengaños, consagróse á pagar sus deudas, á satisfacer agravios, y á disponer como cuerdo la salvacion de su alma. Sin compromisos de empeñarse en gastos escandalosos, licenciada su gente de guerra, atento al gobierno de su estado, á la ereccion y acrecentamiento de iglesias y monasterios, y al cultivo de la tierra, esta le colmó de riquezas y creció su señorío, ayudando á ello la mina de los alumbres en Murcia de que juntamente era dueño con el marqués de los Vélez (1).

Yacen D. Diego y Doña Juana en la iglesia de la Concepcion de Escalona, obra suya, en el suelo delante del altar mayor. Los timbres de los Enriquez y Pachecos resaltan entre esquisitas labores en dos lápidas de blanco mármol que cubren la sepultura. Allí no se leen sus nombres: era superfluo. Repitese únicamente muchas veces el mote y divisa que les valió el título de *avisados españoles*, y dice: *Viva la fama y muera la vida*.

Un convento de Franciscanos erigieron junto á su alcázar de Cadalso, y apenas hoy parecen los vestigios. Acaso tambien estaba reservada una próxima ruina al palacio mismo, si no acudiera á remediarla prontamente el actual duque de Frias, cuyo amor á las artes, instruccion y buen gusto son peregrinos en sus floridos años, bien que todo lo facilita la claridad de su ingenio. El entendido pintor Llop no anda por aquí ocioso, y pronto volverá á ser este paraje, dulce y bien acondicionado asilo en los rigores del verano. Salud etc.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (2).

LA CORTE EN MADRID.

TERCERA AMPLIACION.

Tales como quedan descritos en los artículos anteriores eran los límites de la villa de Madrid á principios del siglo XVI, y segun el testimonio del apreciable historiador de Indias, *Gonzalo Fernandez de Oviedo*, natural de ella, y que se ocupó mucho en su descripcion, la poblacion de esta villa por entonces no pasaba de tres mil vecinos, si bien crecia ó se aumentaba tan rápidamente como lo expresa el mismo escritor en estos términos (3). «En el tiempo en que yo salí de aquella villa para venir á las Indias, que fué en el año de 1513, era la veintidós mil de Madrid de tres mil vecinos, et otros tantos los de su jurisdiccion et tierra; et cuando el año que pasó de 1546 volví á aquella villa por procurador de la ciudad de Santo Domingo et de esta isla española... en solo aquella villa et sus arrabales habia doblada, ó cuasi la mitad mas vecinos et serian seis mil, poco mas ó menos, á causa de las libertades et franquicias et favores que el emperador rei Don Carlos nuestro señor le ha fecho.»

Efectivamente, consta ya que algunos años después de la época en que escribia Oviedo, y antes que el monarca Felipe II determinase fijar en Madrid la corte, encerraba ya esta villa una poblacion de veinticinco á treinta mil habitantes, y un caserío de mas de dos mil

(1) Para estos pormenores me he valido de un preciosísimo códice manuscrito que poseo: titúlase *Noticia de algunas casas de los señores grandes de España*, su origen, enlaces, sucesiones, adquisiciones de estados y hechos principales de sus vidas. Ignoro el autor, aunque no que terminó su obra en el año de 1547.

(2) Véanse los números anteriores.

(3) *Las Quincuagenas de los generosos y no menos famosos reyes, principes, duques, marqueses, condes, nobles é caballeros é personas notables de España*. MSS. Biblioteca Nacional.

quinientos edificios, que era el comprendido en los límites que quedan descritos. Este rápido progreso que venia indicándose y desenvolviéndose durante todo el siglo XV por la especial predilección que había merecido Madrid á los monarcas anteriores, especialmente á D. Juan II y D. Enrique IV, que residieron casi constantemente en ella; á la católica reina Doña Isabel, que casi puede asegurarse que nació en la misma (1); y últimamente, al poderoso emperador D. Carlos que la había tomado notable afecto por haber recuperado en ella su perdida salud, era todavía nada comparativamente con el que hubo de recibir en el mero hecho de ser escogida por su hijo y sucesor Felipe II para *Corte y capital de la monarquía*.

Este acontecimiento histórico, aunque sin declaración previa y solemne que precise absolutamente su fecha, debió tener lugar, según se infiere de varios documentos que obran en el archivo de esta villa, en el año de 1560, trasladándose á Madrid el sello real, los tribunales y régia servidumbre desde Toledo donde á la sazón se hallaba la corte.

Medida tan importante y trascendental, adoptada por el hijo del César Carlos V á los pocos años de haber empujado, por abdicación de su padre, el cetro mas importante del orbe, ha sido agriamente censurada por muchos escritores, juzgada *á posteriori* por nuestros contemporáneos, y como que parece que ha caído en gracia la calificación de *desacierto*, atribuida con este motivo á Felipe.

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad, aunque harto ligeramente, que la villa de Madrid era un pueblo mezquino, sin importancia política y sin historia, situado en el interior, y el mas lejano de las costas de un reino peninsular; en un territorio pobre y desnudo, careciendo de un río caudaloso y de otras condiciones naturales, así como también de los grandes monumentos del arte que elevan en el concepto público á las ciudades y las imprimen el sello de majestad y poderío. Y procediendo luego por comparación, se han encarecido hasta lo sumo las ventajas que en todos estos conceptos llevan á Madrid varias capitales de provincia que pudieron obtener la preferencia para el establecimiento de la corte en ellas.

Sin negar absolutamente todas las razones que en este sentido se vienen alegando en agravio de la corte Madrileña, pero remontándonos para proceder con la debida imparcialidad á la época en que recibió aquella augusta investidura, no podremos menos de presentar otras muchas políticas y de conveniencia que las contradicen, y pudieron y debieron influir poderosamente en el ánimo de Felipe II, como venían ya influyendo en el del gran cardenal Cisneros y del emperador Carlos V, para dar á la villa de Madrid la preferencia en tan solemne elección.

La reunión bajo un solo cetro de los diversos reinos que compusieron la Monarquía española, no llegó, como es sabido, á verificarse hasta los fines del siglo XV y en las augustas manos de los esclarecidos Reyes Católicos Doña Isabel y D. Fernando. Hasta entonces no pudo ni debió haber naturalmente Capital del reino, y los diversos monarcas tuvieron la suya respectiva en el punto mas conveniente de sus estados; en Leon, en Burgos, en Sevilla, en Barcelona, en Zaragoza, etc.; pero operada la reunión definitiva de las coronas de Castilla y Aragon, y la toma de Granada y espulsion total de los sarracenos, los Reyes Católicos, después que hubieron terminado su alta empresa y las continuas guerras que les obligaban á la constante variación de la corte, debieron sentir la necesidad de fijarla definitivamente en un punto céntrico, importante y autorizado; pero fluctuaron al parecer indecisos entre Valladolid, Toledo y Madrid; las dos primeras tenían en su favor los recuerdos de su historia como cortes de Castilla, ventaja inapreciable á los ojos de la reina Doña Isabel; la última, además de su situación mas central, ofrecia en su misma novedad mayor simpatía á los ojos del rey de Aragon.—La misma reina Isabel, que si no había nacido en ella como ya dijimos mas arriba, la manifestó por lo menos en todos tiempos singular predilección, solia decir hablando de sus moradores, que «el oficial y cortesano de Madrid y oficios mecánicos, vivían como hombres de bien, que se podían comparar á los escuderos honrados y virtuosos de otras ciudades y villas; y los escuderos y ciudadanos (decia) eran semejantes á honrados caballeros de los pueblos principales de España, y los caballeros y nobles de Madrid á los señores y grandes de Castilla.»—Posteriormente el gran

político y cardenal regente del reino, Jimenez de Cisneros (aunque arzobispo de Toledo) debió igualmente participar de esta opinion ventajosa hácia el pueblo madrileño, y acerca de la conveniencia de establecer en él la nueva Corte, que llevaba á las demás la ventaja de no representar el esclusivismo de ninguna de las otras anteriores, parciales y muchas veces antagonistas entre si; y Carlos V, en fin, á todas estas consideraciones políticas hubo de añadir en la balanza la especialísima del hermoso clima de Madrid que le hizo recuperar la perdida salud.

Pero ni durante su reinado ni el de sus antecesores pudieron permitir las continuas guerras el solaz suficiente para realizar aquel gran pensamiento que parecia ya dominante y oportuno; y la corte oficial de Toledo luchó todavía con las de Valladolid y Madrid.—Subió al fin al trono Felipe II, y en pacífica y omnimoda posesion del reino, fué naturalmente el llamado á realizar aquel político pensamiento, y debe suponerse en su alta penetración que lo meditó detenidamente y bajo todos sus aspectos antes de resolverlo en pro de Madrid.

¿Cuáles fueron, ó pudieron ser estas consideraciones que hoy se afecta desconocer, y que llegaron entonces á pesar tanto en el ánimo de aquel gran rey?—A nuestro entender la primera fué la política ya indicada, de crear una Capital nueva, única y general á todo el reino, ajena á las tradiciones, simpatías ó antipatías históricas de las anteriores, y que pudiera ser igualmente aceptable á castellanos y aragoneses, andaluces y gallegos, catalanes y vascongados, extremeños y valencianos. Un pueblo que aunque con suficiente vida é historia propia (y por cierto bien honrosa y noble) pudiera absorber y fundir en su seno todos aquellos distintos provincialismos, identificarse y representar simultáneamente aquellas diversas poblaciones, y ser en fin la *patria común*, la espresion y el compendio de las varias condiciones de los habitantes del reino.—Estos, de los cuales unos habían respetado como cabeza á los mismos pueblos que los otros habían combatido ó conquistado, necesitaban, pues, un centro mútuo y sin antecedentes de antagonismo ó parcialidad, en que venir á confundirse bajo el título común de *Españoles*; y esta cualidad, que ni las antiguas cortes de Castilla, de Leon, de Aragon ó de Navarra podían disputarla, fué sin duda alguna la que hizo aceptable para todos á la *nueva Corte de la Monarquía Española*, Corte de un reino nuevo también.

En situación central y equidistante de los diversos límites de la península, también Madrid llevaba á todas la preferencia, circunstancia por cierto muy ventajosa y propia para la gobernación y dominio de tan apartadas provincias y encontradas nacionalidades. La corte de Toledo ó de Valladolid no podia nunca dominar políticamente á la de Barcelona ó Zaragoza: la de Sevilla no era posible tuviese el prestigio suficiente, ni estaba en posicion material para regir á Castilla y Aragon.—Por último, los que, muy ligeramente á nuestro entender, han censurado en Felipe II el no haber elegido á Lisboa para capital de la península, no reflexionan: primero, que cuando colocó la corte en Madrid no poseía ni poseyó todavía en muchos años á Portugal; y segundo, que cuando en 1580 hubo heredado y conquistado aquel reino, hubiera sido la medida mas altamente impolítica la de desnacionalizar su capital y trasladarla al pueblo conquistado, al confin de la península; medida que cuando menos hubiera dado entonces por resultado la nueva separación de la coronilla aragonesa, ó que el curso del Ebro marcara, como ahora los Pirineos, el límite del territorio español.

Ciertamente que aquella gran ciudad (Lisboa) y la de Sevilla brindaban ventajas naturales muy espléndidas y superiores á las de Madrid; pero ya quedan indicadas las políticas razones á que debieron naturalmente ceder: En cuanto á Valladolid, Burgos y Toledo, además de esta desventaja para entrar en la lucha, no podían tampoco ostentar mejores condiciones naturales de centralidad, clima y fertilidad de su término.

A la verdad que al tender la vista por la árida campiña que rodea á Madrid, se creeria con dificultad que estas mismas lomas, áridas hoy y descarnadas, fueron en otro tiempo célebres por su feracidad y hermosura. Sin embargo, los testimonios que de ello tenemos son irrecusables. Testigos de vista, los mas imparciales, nos han trasmitido la descripción de sus frondosos bosques, montes poblados y abundantes pastos. El agua, este manantial de vida, abundante entonces y espontáneo en esta region, ofrecia su alimento á la inmensidad de árboles que la poblaban, y que describe el *Libro de montería* del rey Don Alonso XI; y este arbolado, esta abundancia de aguas, hacían el clima de Madrid tan templado y apacible como le pintan Marineo Sículo, Fernandez de Oviedo y otros célebres escritores (1).

(1) Esta opinion está autorizada por la carta que inserta Colmenares del rey D. Juan el II á la ciudad de Segovia, su fecha en Madrid á 25 de abril de 1451, en que la da parte del alumbramiento de la reina su esposa, en estos términos: «Fagotos asbor que por la gracia de Nuestro Señor, este jueves próximo pasado, la reina Doña Isabel, mi muy cara é muy amada muger enciescio de una infanta.»—Se sabe que por entonces la corte estaba en Madrid, y no hay motivo para creer que tan próximo al parto (que era el primero) estuviese la reina en Madrid, donde Marineo Sículo primero, y Garibay, Mariana y Florez después, afirman que nació la infanta Doña Isabel; se sabe también que el 25 de abril fué viernes, y por consecuencia el jueves próximo pasado es el 22; y por último se infiere del silencio de dicha carta acerca del sitio del parto, que naturalmente debía entenderse haberse verificado en el mismo en donde estaba fechada aquella. Este mismo silencio guardaron los historiadores Pulgar, Nebrija y Perez de Guzman, y es el que ha dado motivo justo para que Colmenares, Mendez Silva, Pinedo, Ortiz de Zúñiga, Puente, Buena y otros hayan sostenido el nacimiento de Isabel en Madrid.

(1) Vé aquí los términos en que el citado Gonzalo Fernandez de Oviedo habla de Madrid en los primeros años del siglo XVI:—«En muchas partes de esta villa el agua está cerca de la superficie de la tierra, é muy someros los pozos, tanto, que con el brazo, sin cuerda, puedan tomar el agua en ellos: dentro de la población é de fuera, cerca de los muros hay fuentes naturales, é algunas de ellas de muy singular agua para el mantenimiento é continuo servicio de los vecinos é todo el pueblo, demás de los pilares grandes, é comunes albercas, é caños, é abrevaderos para dar

Pero el establecimiento de la corte, que debía ser para esta comarca la señal de una nueva vida, solo fué de destrucción y estrago. Sus árboles, arrasados por el hacha destructora, pasaron á formar los inmensos palacios y caserío de la corte y servir á sus necesidades. Desterrada la humedad que atraían con sus frondosas copas para filtrarla después en la tierra, dejaron ejercer su influjo á los rayos de un sol abrasador, que secando mas y mas aquellas fuentes perennes, convirtieron en desnudos arenales las que antes eran fértiles campiñas. De aquí la falta de aguas en Madrid; de aquí la miseria y triste aspecto de su comarca, y de aquí finalmente el destemple de su clima; porque no encontrando contrapeso ni temperante los rayos del sol canicular ni los mortales vientos del Norte, alteraron las estaciones y aumentaron el rigor de ellas haciendo raros entre nosotros los templados dias de primavera.—Pero esto mismo hubiera sucedido, y por iguales causas á Valladolid y Toledo, sin tener para compensar aquellos contratiempos el alegre cielo, el aire trasparente y saludable de Madrid.—Valladolid, aunque convenientemente situada en una estensa llanura y en medio de fértiles campiñas, es por demás nebulosa y enfermiza; y el satírico Quevedo la definió en estos versos:

«Vienes á pedirme raso
en Valladolid la bella
donde hasta el cielo no alcanza
un vestido de esa tela.»

En cuanto á la *piramidal* Toledo, en cuyas estrechas, costaneras y laberínticas calles no hemos podido nunca comprender cómo cabía la corte de Carlos V, la aplicaremos los versos del mismo gran poeta.

«Vi una ciudad de puntillas
y fabricada en un huso,
que si en ella bajo, ruedo;
y trepo en ella si subo.»

La gran falta natural de Madrid para su futuro desarrollo como ciudad populosa y corte de tan importante monarquía, era la de un rio caudaloso que surtiendo á las necesidades de un crecido vecindario sirviese tambien para fertilizar y hermoear su término y campiña. Esta falta grave, representada en la exigüidad del modesto Manzanares, ha dado tambien motivo á las continuas burlas y chanzonetas de los poetas satíricos, del mismo Quevedo, de Góngora, de Tirso de Molina y otros, de que podría formarse una abultada coleccion.—Pero es preciso tener en cuenta que la mayor parte de nuestras ciudades importantes del interior se hallan en el mismo caso; que nuestros rios, tan celebrados de los poetas por sus arenas de oro y sus ondas transparentes, no son ningunos Tamesis, Senas ó Danubios caudalosos, navegables y conductores de salud, de civilizacion y bienandanza; por lo cual vemos que aun en los pueblos fundados en sus inmediaciones huyeron de albergarlos ó darles paso dentro de su recinto, como lo estan los que bañan las primeras ciudades de Francia, Inglaterra, Alemania etc., y aun así se vieron espuestos á las súbitas inundaciones invernales, ó á la maligna influencia de sus sequedades del estio.—El padre Tajo que circunda á la imperial Toledo, aunque tambien á

«agua á los caballos é mulas, é otras bestias, é ganados del servicio cotidiano del pueblo y en abundancia. Así que con razon se movieron á decir los antiguos que aquella villa está armada sobre agua, ó fundada sobre agua, porque tiene tanta que dentro del ámbito del muro se riegan muchas huertas, é con la que sobre se sale fuera de la circunferencia se riegan otras muchas huertas y heredades y alcaceres en los tiempos convenientes y en grande abundancia, é fuera de lo poblado se encuentra con poca industria é trabajo...»

Y en otra parte dice lo siguiente:

«La region de Madrid es muy templada et de buenos aires, et limpios cielos, las aguas muy buenas, el pan et el vino muy singulares de su propia cosecha, et en especial lo fino es muy famoso et otros vinos blancos et tintos muy buenos, et muchas et muy buenas carnes de todas suertes, et mucha salvagina et caza, et montería de puercos, et ciervos, et gamos, et corzos, et muchos y muy buenos conejos, et liebres, et perdices, et diferentes aves, et toros los mas bravos de España de la ribera del rio Jarama á dos leguas de Madrid, et muchos caballos et mulas, et todas las otras animalias, et bestias, que son muchas, para el servicio de casa et de la agricultura; et demas del pan que se dijo de su cosecha, se trae de la comarca muy hermoso et blanco candel; et en grande abundancia muchas legumbres de todas suertes, mucha y muy buena hortaliza de todas maneras, diversas frutas verdes y secas, de invierno y de verano, segun los tiempos. El queso de Madrid et de su tierra es muy excelente, et del mismo pasto que el de la villa de Pinto, que es el mejor queso de España, et tal que no se puede decir mejor el Parmesano de Italia, ni el de Mallorca, ni los Cascabillos de Sicilia, et á todos hace ventaja; porque no es menos bueno si lo haces asador que de otra manera. Finalmente, todo lo que es menester para alimentar la vida humana lo tiene aquella villa, excepto pescado fresco de la mar, porque como es el mas apartado pueblo de ella en España, no alcanza pescado fresco que de ella venga, excepto besugos en invierno por la diligencia de las recuas que los traen cuando es el tiempo dellos, pocos dias antes y después de Navidad, et es uno de los mejores pescados é mas sabrosos del mundo, puesto que dura pocos dias. Tambien llegan congrios frescos et de los otros salados vienen muchos et muy buenos, así congrios, atunes, pulpos, et pescadas frescas et sardinas, et de otros; et vienen muchas truchas, et salmones et muchas anguilas, et lampreas, et barbos, et otros pescados de rios; et de Andalucía se traen muchos de escabeches languados, et acedias, et hostias, et sábulos salados, etc.»

respetuosa distancia, solo empieza á ser verdaderamente rio cuando corre por territorio portugués. Lo mismo el Duero y el Guadiana; el Ebro y el Guadalquivir son los que mas se acercan entre nosotros á aquellas condiciones civilizadoras; pero ya á las estremidades de su curso en los confines de la península.

No se ocultó sin embargo esta falta al ilustrado Felipe II; y sabido es de todos el proyecto que formó, y que entonces se creyó realizable, de traer el Jarama á Madrid, incorporándolo al Manzanares. Este último tambien por entonces debía ser bastante mas caudaloso, ó correr menos oculto en la arena, pues tenemos la relacion del viaje que Antonelli hizo desde Lisboa por el Tajo y el Jarama, y continuó luego por el Manzanares hasta el Pardo.—Posteriormente, y segun fué haciéndose sentir mas y mas la necesidad, se renovaron otros proyectos análogos, y á fines del siglo XVII se ideó la canalizacion hasta Vacia-Madrid, y luego con el auxilio del Jarama hasta Toledo; proyecto que no fué admitido por la Reina Gobernadora Doña Mariana de Austria, hasta que en el reinado de Carlos III se construyó por espacio de dos leguas el que hoy existe, aunque por cierto con bien escasos resultados.

Pero á falta del rio se acudió al medio de adquirir las aguas potables por filtracion en unas minas subterráneas que se estienden á cierta distancia, y recogen las que derraman las sierras inmediatas. Estos viajes, alguno de los cuales ya existia anteriormente, y otros, como los grandes y copiosos de Amaniel y Abroñigal, se descubrieron y formaron en el reinado de Felipe III, bastaron, aunque no abundantemente, para surtir las primeras necesidades de la poblacion; hasta que creciendo esta, y aumentándose y multiplicándose aquellas de un modo extraordinario en el presente siglo, ha sido necesario emprender la obra gigantesca del canal de Lozoya, que cambiará dentro de pocos años las condiciones materiales de Madrid.

Esta hermosa poblacion situada bajo un cielo limpio y sereno, disfrutando una atmósfera trasparente, un dilatado y hermosísimo horizonte, rara vez turbado por las tormentas, exento de miasmas pestilentes, ajeno á las epidemias, inundaciones, terremotos y otros azotes tan frecuentes en poblaciones de su importancia; rodeada al Norte por las sierras carpetanas, los bosques del Pardo y la maravilla del Escorial, al Sur por los vergeles de Aranjuez, al Levante por las llanuras del Henares, y las pintorescas campiñas de la Alcarria, y al Poniente por los fértiles campos de Talavera; centro de todos los caminos que cruzan el reino en todas direcciones; surtida por esta razon en su abundoso mercado de todas las producciones mas ricas y preciadas de nuestro territorio, y ciudad neutral, comun y sin fisonomia especial de esta ó aquella provincia, de esta ó aquella historia, la villa de Madrid, digan lo que quieran los escritores antagonistas, justificó desde luego la preferencia que la diera el gran politico Felipe II al elevarla al rango de corte de la monarquía; y cuando algunos años después, en 1601, y por un capricho inmotivado del joven rey Felipe III, trasladó su corte á Valladolid, muy pronto las ventajas políticas y naturales de Madrid sobre aquella se hicieron tan sensibles y universalmente reconocidas, que á los cinco años (en 1606) volvió á ser trasladada definitivamente á esta villa (1).

En cuanto á la injusta calificación de pueblo *sin historia propia ni importancia política*, repetida contra Madrid por los modernos escritores, con no menos ligereza, aunque en sentido inverso de la que guió á los del siglo XVII para remontar su origen á los tiempos fabulosos y hacerle figurar en los anales griegos y romanos, no puede menos de rechazarse con energia, y obligar á reconocer con la historia en la mano á los que pretenden negarla, que cuando la villa de Madrid aparece en ella á principios del siglo X y en poder de los sarracenos, era ya una poblacion importante y fortificada que suponía algunos siglos de existencia anterior.—Que su conquista en el siglo XI fué una de las grandes empresas del rey D. Alfonso VI de Castilla, y que el mismo monarca la amplió y fortificó mas y la dotó de fueros que renovaron después sus sucesores, y en cuyo contenido se echa de ver la importancia que ya tenia esta poblacion.—Hallará tambien que el pendon del Concejo de Madrid figuró ya airosamente en la famosa batalla de las Navas de Tolosa á las órdenes del señor de Vizcaya

(1) Por este tiempo, y antes de verificarse el regreso de la corte á Madrid, escribió Lope Deza (aunque no llegó á imprimirse) su tratado á que tituló *Razon de corte*.—El manuscrito original, todo de letra del mismo autor y con su firma al pie, que existe en la Biblioteca Nacional, es un códice de unas sesenta fojas en folio. En el pretende su autor demostrar la conveniencia de que Madrid fuese siempre la Corte de España, dividiendo para ello su asunto en seis puntos, á saber:—1.º Si conviene que haya una ciudad capital del Reino.—2.º Si conviene que la corte sea fija.—3.º Qué circunstancias se requieren para ello.—4.º Cuáles son las que tienen las diversas ciudades de España.—5.º Cuáles Madrid?—y 6.º y último: De qué modo se pueden suplir las que le faltan.—Es un escrito sumamente curioso, donde á vueltas de la indigesta erudicion y del estilo pesado tan frecuente en los escritores de aquellos tiempos, se leen observaciones muy importantes, y se defiende con maestría el propósito del discurso.

Este Lope Deza, segun D. Nicolás Antonio, fué segoviano y estuvo vecindado en Hortaleza cerca de Madrid. Publicó en 1648 un libro titulado, *Gobierno politico de agricultura*; y dejó manuscritos, además del *Tratado de Corte*, otros titulados *Juicio de las leyes civiles*, y *Apologia del P. Mariana contra su contradictor*.

D. Lope de Haro, y algunos años después asistió en el cerco de Sevilla á las del Santo rey D. Fernando III.—Que todos los monarcas de los siglos XII y XIII residieron frecuentemente en nuestra villa, tuvieron en ella su corte, y celebraron grandes juntas y actos solemnes, hasta que á principios del XIV (en 1309) D. Fernando el IV congregó en ella por primera vez las Cortes del reino.—Que en la guerra civil entre D. Pedro y D. Enrique se señaló particularmente Madrid en defensa del legítimo rey.—Que en esta villa empezó su reinado D. Enrique III, y tuvieron principio las largas turbulencias que señalaron su minoría, hasta que declarado mayor de edad á los once años, tomó las riendas del gobierno, y habiendo cobrado afición á este pueblo, residió en él casi siempre, renovó su alcázar, y recibió á los embajadores extranjeros, enviando por su parte al gran conquistador Tímur Lenk al madrileño Rui Gonzalez de Clavijo su camarero.—Que también su hijo D. Juan II hizo su residencia ordinaria en esta villa y recibió de Madrid especial apoyo en las revueltas de su reinado; así como D. Enrique IV en las promovidas contra él por su hermano D. Alfonso.—Que en esta villa nació y fué jurada en Cortes princesa de Asturias la desgraciada Doña Juana llamada *la Beltraneja*, cuya sucesión defendió á la muerte del rey D. Enrique.—Que los Reyes Católicos residieron también en muchas ocasiones en esta villa, y así como todos sus antecesores reunieron en ella las Cortes del reino; y que en las celebradas en 1509 en la iglesia de San Gerónimo después de la muerte de la reina Doña Isabel, el rey Católico juró gobernar como administrador de su hija Doña Juana y como tutor de su nieto D. Carlos.—Qué á la muerte de aquel, los gobernadores del reino, cardenal Cisneros y dean de Lobaina, trasladaron á Madrid su residencia, y que desde ella gobernaron hasta la venida del Emperador.—Que también esta villa abrazó ardientemente la causa de las comunidades, y sostuvo contra las huestes de aquel una porfiada resistencia; pero venido luego á esta villa y curándose en ella de unas pertinaces cuartanas que padecía, la cobró decidida afición, la colmó de mercedes y privilegios, residió frecuentemente en ella dándole de hecho el carácter de corte de su imperio poderoso; reedificó su alcázar convirtiéndole en magnífico palacio real, y á él hizo conducir al angusto prisionero de Pavia; y por último añadió á sus preciados títulos de *muy leal y muy noble* los altos y significativos de *villa imperial y coronada*.

Véase, pues, si un pueblo que durante cuatro siglos y medio venia figurando tan dignamente en la historia nacional, venia sirviendo de residencia y de corte á los monarcas, de lugar de reunión á las Cortes del reino, de apoyo y defensa á los grandes intereses del estado, era un pueblo sin historia ni antecedentes, insignificante ó nulo, como se ha dicho por algunos escritores.

En cuanto á la historia de esta villa en los tres siglos siguientes, puede decirse que es la historia del país; la parte tan principal que le ha cabido en ella, hace palidecer la suya propia en los siglos anteriores, y la *Corte de la monarquía española* oscurece las glorias de las antiguas cortes de Castilla, de Leon, de Aragon y Barcelona.

MADRID, capital del imperio de aquel gran monarca D. Felipe II cuya voz obedecía la Europa entera; centro de su accion y poderio; disco refulgente de aquel sol español que alumbraba constantemente con sus rayos á los países mas remotos del orbe; capital donde residía el supremo gobierno, los consejos y tribunales de tan remotos países; de donde salían los grandes capitanes, los vireyes y gobernadores para descubrir otros, conquistar ó dominar en ellos; y adonde cargados de trofeos, de merecimientos y servicios regresaban un D. Juan de Austria, un Gonzalo de Córdoba, un duque de Alba, para poner á los pies del Monarca los trofeos de Lepanto, de San Quintín, de Italia, Flandes y Portugal, que aun cuelgan pendientes de las bóvedas del templo de Nuestra Señora de Atocha ó de los techos de la Real Armería.—La corte de Felipe III, que recibió en sus muros á los enviados del Sháh de Persia y del Gran Señor y otros remotos imperios, y bajo cuyo cetro vinieron á reunirse no solo los diez y ocho reinos de las Españas, sino también el Portugal, Nápoles, Sicilia, Parma, Plasencia, y el Milanésado en Italia; el Rosellón, el Bearnés y la Navarra, el Artois y el Franco Condado en Francia; las dos Flandes y los Países Bajos; en Africa casi todas las costas, Angola, Congo, Mozambique, Oran, Mozambique, Mostagan, Tánger, Túnez y La Goleta; además de las Islas africanas, Azores, Madeira, Cavo-Verde, Malta, Baleares y Canarias; que tenía un imperio en el Asia en las costas del Malabar, Coromandel y la China, y derecho á los santos Lugares de Palestina; que poseyó también las ricas é inmensas Islas Filipina, Bisayas, Carolinas, Marianas y de Palao, de la Sonda, Fimor, Molucas, y otras innumerables del mar Pacifico, y extendió en fin su dominación como emperador de Méjico, del Perú y del Brasil á casi todo el continente de América ó Nuevo-Mundo, y á casi todas las islas del Océano; imperio colosal, que escedió á los antiguos orientales, á los de Alejandro, Roma, Carlomagno y Napoleon, como que contaba una población calculada en 600 millones de almas, y una estension de territorio de 800,000 leguas cuadradas, ó sea la octava

parte del mundo conocido.—La caballerisca y poética corte de Felipe IV, emblemática en el sitio del *Buen-Retiro*, que vió lucir el bullicio y esplendor de las fiestas palacianas, de las justas y torneos caballerescos; que escuchó la musa de Lope de Vega y Calderon, de Tirso y de Moreto, de Solís y de Quevedo, á quienes habia visto nacer; la corte en que florecian además un Cervantes y un Mariana; un Velazquez y un Murillo, y en que todavía entre el ruido de los festines se dictaban cartas tan arrogantes como aquella en que se decia al general de las tropas de Flandes: «Marqués de Espinola, tomad á Breda;»—La que después del tristísimo paréntesis del reinado de Carlos II *el de los hechizos*, tornó á recobrar su animacion y su influencia, y dió tan altas pruebas de energia y de adhesion á la nueva dinastia en la persona de Felipe V, y durante la famosa guerra de sucesion; que vió nacer en su Alcázar Real al gran monarca *Carlos III* que mas adelante habia de engrandecerla y decorarla; y que en este mismo siglo alcanzó á dar *el dos de mayo de 1808* la sangrienta señal del mas noble y generoso alzamiento que señalan los fastos de nuestra nacion por su independencia y libertad; el pueblo, en fin, que en sus fastos antiguos y modernos puede ostentar páginas tan brillantes, tan altos y nobles merecimientos, tiene en ellos su defensa mejor, su mas preciada ejecutoria.

Pero nos hemos apartado demasiado de nuestro propósito, y tratando del suceso que mas influencia tuvo en la prosperidad y fortuna de esta Villa, no hemos podido menos de consignarle un lugar señalado en este recuerdo histórico; dispénsenos el lector si el amor patrio nos ha hecho tal vez abusar de su paciencia, y nos obliga á remitir á otro artículo el tratar de la *tercera ampliacion* material de MADRID.

R. DE MESONERO ROMANOS.

LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PARTI SECONDA.

(Continuacion.)

Absorta la hermosa niña en estos dolorosos pensamientos, iba ya á desembocar en la plazoleta de árboles que rodea *La silla del marqués*, cuando se detuvo asaltada por una idea súbita. Mientras leyó el manuscrito, y durante el poco tiempo que después trascurrió, en su imaginación novelesca, y excitada por el sentido amor que acababa de revelársela, se creó un héroe singular, un tipo de belleza y distincion tan poético como la pasion que le habia inspirado aquellas tiernas memorias; pero de repente el recelo de hallarse con un hombre repugnante ó vulgar hizola sentir cierta especie de disgusto, temiendo ver desvanecidos en un instante sus ensueños.

Atormentada por este último temor, adelantóse no obstante hácia *La silla del marqués*, y experimentó un desaliento indecible al ver que este sitio estaba solitario.

Eugenia entonces miró á todas partes, y convenciéndose de la soledad en que se hallaba, se sentó en el asiento de piedra, obra de su noble ascendiente, y comenzó á hojear el cuaderno de Mario, prestando sin embargo la mayor atencion á los mas pequeños rumores, y pronta á alejarse de aquel sitio, si algun acontecimiento lo hacia necesario. Volvió pues á cebarse en aquella peligrosa lectura, volvió á vermar copiosas lágrimas, y volvió á renacer en su corazon un vehemente deseo de ver á aquel desgraciado, modelo de los verdaderos amantes y de los verdaderos poetas, si acaso entre unos y otros existe alguna diferencia; pero en vano; trascurrieron dos horas, que á la impaciente jóven se la figuraron dos siglos, y *La silla del marqués* continuó en la misma soledad.

Entonces pensó en aproximarse á la casa de Mario, que ella habia visto algunas veces desde lejos; pero temiendo alejarse demasiado, desechó esta idea y determinó volver á la quinta, levantándose ya para poner en práctica esta resolucion, cuando un ruido como de pasos que oyó entre la maleza, la hizo permanecer inmóvil y llena de inquietud.

El rumor se oía cada vez mas cercano, y por último, la hermosa niña, trémula y agitada, deseando huir, mas sin fuerzas para hacerlo, vió aparecer una persona, que por su aspecto conoció era la que con tanto afán habia deseado conocer. Mario, pues él fué el que se presentó, acercóse lentamente, y mirando al suelo, distraído á *La silla del marqués*, cerca de la cual se hallaba Eugenia, y sin reparar en esta, se sentó allí, tomando en la mano el cuaderno que ella habia dejado sobre el asiento de piedra, y hojeándole sin dar muestra alguna de sorpresa. Mas luego miró de repente hácia todos lados, y viendo á la angustiada niña que le contemplaba con dolorosa curiosidad, y que al notar este movimiento comenzó á alejarse, levantóse Mario, y cor-

viendo hácia ella, que sobresaltada no acertó á dar un paso, la cogió suavemente del brazo, y mirándola con tristeza exclamó:

—¿Tú también, Marciana, tú también me dejas? ¿Qué te he hecho yo para que huyas de mí? ¿No te he amado siempre? ¿No he sido dócil á tus consejos? ¿En qué he podido disgustarte? ¿Por qué me abandonas precisamente hoy, en que he de revelarte un gran secreto? Pero no, prosiguió el desdichado jóven con voz cada vez mas animada, tú eres buena, me quieres mucho, y vas á alegrarte de mi felicidad, pues aunque hoy estoy triste, no sé por qué, soy feliz, mi buena Marciana, ¡oh! muy feliz, y al pronunciar estas palabras, Mario sonreía, pero con una risa tan extraña, que hizo temblar á Eugenia.

—Mira, continuó aquel acercándose cada vez mas á la trémula jóven, y hablándola casi al oído, no digas á nadie lo que ahora vas á saber; aun no es tiempo de descubrirlo, y además, ella me ha mandado que se lo oculte á todo el mundo; pero yo quiero decírtelo á ti porque tú me quieres mucho, me has cuidado cuando era niño, y me cantabas para que me durmiera pronto... ¡Oh! ya lo sabe ella; yo la hablo de tí continuamente, y me ha prometido que nunca te separarás de nosotros...

Eugenia, mas tranquila ya al comprender que aquel infeliz demente la desconocía, escuchaba profundamente afectada sus palabras, observándole entre tanto con la mayor atención. Aunque puesto con algun desaliño, en el traje de Mario se notaban restos de la mas perfecta elegancia: vestía un gabán de verano, á cuadros, y un chaleco y pantalon de la misma tela. Su corbata estaba anudada con cierto descuido de buen gusto: bajo sus anchas y deslustradas botas se adivinaba la pequeñez de sus piés; tenía en la mano un sombrero blanco de anchas alas; y aunque tan descuidadamente ataviado, estaba no obstante airoso y natural.

Mario no era lo que en lenguaje vulgar se llama guapo; nunca lo habia sido; pero sus negros cabellos, su frente de extraordinaria hermosura, donde se revelaba la inteligencia, aquellos ojos que aunque hundidos bajo sus finas cejas, espresaban tanto, y finalmente, el conjunto de su trigueño rostro era tan poético y tan noble, que no se echaba de menos la hermosura en aquella cabeza llena de admirable distinción.

Eugenia, prevenida ya en favor de aquel mártir de una pasión que ella habia inspirado, sintió redoblar su interés al observar todas estas ventajas personales, y viendo en el rostro del pobre demente la huella de la enfermedad que le devoraba, sus enflaquecidas mejillas, la vaguedad de su mirada, y las sombras de la muerte, impresas de antemano en su pálido semblante, experimentaba un dolor indecible, una compasión que iba en aumento al oír las sentidas palabras de Mario, refiriéndose á ella, y en las que se revelaba tanto respeto y tan vehemente pasión.

(Concluirá.)

F. MORENO Y GODINO.

DE LA MUGER DEL PUEBLO ANDALUZ.

El que quiera saber los puntos que calza la virtud de las hembras del pueblo de Andalucía, que se atreva á tocarle á una de estas en el pelo de la ropa, y verá lo que es bueno. Pero antes, que disponga bien su conciencia y cumpla con los deberes de buen cristiano; pues si sale ileso de sus uñas, será un milagro de Dios digno de anotarse en la historia. Y no vaya á creerse por esto que las hijas de la tierra de *Maria Santísima* participan de la condicion terrible de las fieras que arrulla el Africa entre sus doradas arenas; al contrario, su índole especial es la dulzura; y no hay miel mas esquisita y sabrosa que la que se desprende de la bondad de su carácter, de la franqueza de su trato, y del cariño de sus palabras; tanto que el prójimo varon, bien haya nacido bajo el helado clima de la Siberia, bien bajo el sol ardiente del Mediodía, si llega á sentir tan melosa influencia, por mas declarado enemigo que sea del matrimonio, abraza al instante con fervor la santa coyunda.

Desgraciado del que llega á mirar á una andaluza sin vocacion para casado; porque se casa como tres y dos son cinco á despecho de su voluntad, después de haberle ella cazado con el iman de sus ojos, á la manera que se cazan los gorriones en el país con liga.

La muger del pueblo es en Andalucía el tipo mas lindo y gracioso, tanto en su organizacion fisica como en sus facultades morales. Generalmente es de una estatura proporcionada, ancha de hombros, estrecha de cintura, pié y mano pequeña, formas bellas y de buen desarrollo, pecho pronunciado, cuello redondo, facciones delicadas, cabeza regular, pelo negro, y tez morena y luciente. Sus ojos tambien generalmente son negros como el ala del cuervo, y derraman un fluido magnético al que es imposible resistirse. Yo puedo garantir esta verdad, porque mas de una vez me he visto atraído y dominado por ese

agente invisible y sutil, cuya fuerza se siente, pero no se calcula, y cuyo impulso potente nos electriza y arrastra á pesar nuestro. El corazon de estas mugeres es bondadoso, franco, noble, leal y tierno; pero si las contrarian violentamente sus instintos, puede llegar á ser malo; porque es demasiado susceptible, y esta clase de naturalezas pasan fácilmente de un extremo al otro. Su cabeza es de fuego, y se enciende con la misma facilidad que su corazon, siendo con frecuencia este el motivo de que mueran muchas abrasadas de amor en la hermosa primavera de su vida. Son joviales, decidoras, chistosas y de gran penetracion y malicia; desinteresadas en todas sus afecciones. Como esposa es constante, porque se casa solo por inclinacion; y como madre, cariñosa, tierna y apasionada hasta donde la pluma no puede llegar. Es trabajadora, aseada, celosa, y aun altiva y orgullosa de su fama. De nada se asusta, y habla sin rebozo de todas las cosas, sin que se ofenda por picanas que sean las alusiones que la dirijan; no hay cuidado que se haga cruces, ni se enfatie por la libertad y demasia del lenguaje. En no atentando á su honra, todo lo escucha y á todo responde con una gracia y una oportunidad inconcebibles. Sus dichos, sus comparaciones y sus agudezas estan llenas de gracia y de ingenio; y los que no son hijos del país, ó no las comprenden bien, ó no las saben apreciar. Voy á referir en comprobacion de esto uno de los chistes tan comunes en esta clase de mugeres. Estaba un soldado requiebrando en la feria á una buñolera y ofreciéndole ser su cara mitad de hecho y derecho si ella lo consentia, cuando la individua, cansada de oír al pretendiente á quien no habia visto siquiera, le dirigió una mirada escudriñadora, y observando que tenía la nariz dividida de una cuchillada, exclamó: ¡Jesús!... ¿Cómo quité osté que yo lo quiera si tiene esas narices como un romance? El soldado, que no hubo de comprender la alusion, le dijo:—¿En qué se parecen mis narices á un romance?—Señó, replicó ella, en que tienen primera y segunda parte. No se puede dar agudeza mas oportuna, ni que mejor describa el ojo penetrador y la imaginacion fácil de la muger andaluza. Si fuéramos á copiar las infinitas originalidades de este género que hemos oido, nunca acabaríamos. A pesar de tener muchos la idea de que los andaluces mienten á troche y moche, debemos decir en honor á la justicia, que quizás y sin quizás no hay otros mas verdaderos; porque el distintivo de su carácter es la franqueza. La causa que sostiene tan absurda opinion, es la de sus graciosas exageraciones, en las cuales, si bien se analizáran, descubre el mas miope al través de sus galas la verdad. La muger del pueblo, por consiguiente, no dice una mentira en tratándose de algun asunto formal, así le valiera una corona.

Hemos dicho que esta es desinteresada, y ahora repetimos que lo es tanto, que de aquí nace uno de sus primeros defectos. Cuando una andaluza tiene el bolsillo provisto, no hay nadie pobre para ella; porque derrama de su corazon generoso y noble la caridad, como la sal de su cuerpo. Rara, muy rara es la andaluza miserable ó económica. Los que quieran mugeres de esta especie, que no vayan jamás á buscarlas á Andalucía, porque difícilmente se encuentran: que se dirijan á Galicia, otra de nuestras provincias de España, de la que nos ocuparemos otro dia, y allí podrán satisfacer su deseo.

En resumen, la muger del pueblo andaluz es bella, graciosa, tierna, leal, franca, sincera, cariñosa, alegre, sagaz, benéfica, viva y pródiga en demasia. En mi juicio es el tipo mas perfecto de la creacion, porque no admite sobre si mas influencias que las de la misma naturaleza. Desconoce el arte y el interés, armas innobles que las sociedades debieran destruir para moralizar sus costumbres, y no vende, como las mugeres de otros países, materializadas por conveniencia y desprecupacion, ni su voluntad ni sus sentimientos. Una andaluza del pueblo no se compra con todo el oro que hay en Californias; pero se conquista con una palabra, una accion noble, ó una mirada entre dulce y altiva; de las que ellas dicen que *llegan en lo mas jondo*. Con buenas razones se hace de ella lo que se quiere; porque le gusta cuanto se halla en relacion con la flexibilidad de su carácter; pero en lo contrario la fuerza, en intentando dominarla por medios violentos, lo repetimos, es capaz de todo lo malo, y una vez resuelta, es una leona que nadie la contiene.

En el siguiente romance verán nuestros lectores descrito un suceso, imágen de otros muchos, que tienen lugar todos los dias dentro y fuera de Madrid, y en donde se pinta con fiel exactitud lo que es la muger andaluza cuando se atreve algun usía manilargo, de los muchos que hay por desgracia en el país, á faltarle al respeto.

Con paso lento y garboso,
sentando apenas la planta,
sutil como el pensamiento,
ligero como las auras,
con resuelto desenfado,
frente erguida y arrogancia,
removiendo las caderas
y columpiando la saya,

una mano en la cintura
y la mantilla terciada,
cruza la Puerta del Sol
Paquilla la resalada,
andaluza primorosa
de mucho rumbo y de fama,
derramando de su cuerpo
á mares la sal y gracia,
y eclipsando corazones
y arrebatando miradas.
Lleva en los ojos la muerte,
en la boca la esperanza,
en su sonrisa la gloria,
la dicha dentro del alma,
y con su hermoso dominio
cuanto mira lo avasalla.
Su corta y linda basquiña
descubre una media blanca
como la piel del armiño,
como el algodón en rama,
que viste un pulido pié
y una pierna torneada
capaz de incendiar la nieve
por su forma, al contemplarla.
Su talle esbelto y airoso,
flexible como la palma,
ondula y dulce se mece
sobre sus caderas blandas.
Sus labios de un coral fino,
entreabiertos se dilatan,
enseñando dos hileras
de perlas anacaradas.
Sus ojos centelleantes
de niñas azabachadas,
despiden rayos de fuego
que los sentidos abrasan.
Su nariz de perfil griego
armoniza delicada
con la prolija belleza
de su encantadora cara.
Su tez de blanco trigueño,
como la seda resbala
por su finura exquisita
cual sucede á la africana,
y su cabello de ébano
que brilla como la plata,
da á su rostro el esplendor
de las hechiceras hadas.
Toditos los que la miran
con entusiasmo la alaban,
y ella en pos de su hermosura
miles de flores arrastra.
Va en busca de su futuro,
artesano de crianza,
que dió á luz la gran Sevilla
en el barrio de Triana;
hombre honrado cual ninguno,
de empuje y de buena traza,
conocido por el nombre
de Manolillo *manasas*,
y oficial de carpintero
que á fino nadie le iguala.
Síguela un noble cortejo
de adoradores, que claman
por rendir ante sus piés
cuanto su poder alcanza;
pero ella ni se estima
en tan poco, ni repara
en la gentil comitiva
que la encomia entusiasmada.
De todos los que pretenden
ser dueños de la *salada*,
y enajenados tras ella
la prodigan alabanzas,
el mas tierno y atrevido
es el marqués de la Algaida,
joven, bello y elegante,
pero tonto por desgracia;
de aquellos que se figuran
que á su título y sus gracias

no hay bella que no se rinda
y los adore fanática.
Zumbándole va á la oreja
como un abejon, y Paca
de cuando en cuando le dice
parándose y con cachaza:
Ea, no sea osté guason,
que yo no quíeo fantasmas.
Mas el joven importuno
no comprende estas palabras,
y con nuevos chicleos
vuelve impávido á la carga.
La andaluza conociendo
sus necias extravagancias,
por último le desprecia,
sigue su camino y calla.
El marqués, que este silencio
interpreta, ya proclama
la conquista por segura
dando á su fortuna gracias,
y apasionado cogiendo
la mano de la *salada*,
intenta en su desvario
violentamente besarla.
Pero al punto que ella siente
que la tocan ¡¡¡Virgen Santa!!!
no con tan dura fiera
ni con violencia tan rápida
acomete el toro herido
al picador en la plaza,
ni la leona destroza
entre sus sañudas garras
al tigre, que los cachorros
de su cueva le arrebató,
como embiste la andaluza
al atrevido *fantasma*
dejándole sin faldones,
sin pechera ni corbata,
con el rostro ensangrentado,
que á la verdad daba lástima;
y después de reducirle
á esta situación amarga,
calmándose de repente
le dijo: *Don mala facha,*
aprenda osté en adelante
á no tener nunca guasa,
y sepe osté que en mi tierra
las mosas é mi calaña,
á los hombres atrevidos
y que carecen de lacha
como osté, siempre contestan
cual Paca la resalaa.

El marqués, atacado tan bruscamente por una muger con honores de diablo, y cuando menos lo pensaba, no tuvo tiempo de ponerse en salvo, ni buscar una situación defensiva; así es que sufrió la lluvia de arañazos, bofetones y puntapiés que por vía de gratitud á sus caricias tuvo á bien descargar *La Paca* sobre su elegante humanidad, y se retiró á su casa mohino, desgañado, con medio bigote, medio frac, media camisa, medio sombrero y un tanto y medio de vergüenza, jurando solamente para sus adentros no volver á aproximarse ni á una legua de distancia á esta clase de mugeres, y asegurando que no hay virtud mas espresiva y justificada que la que le hizo conocer su necia y atrevida conducta con tan notable deterioro físico y moral de su individuo.

En la relacion que hemos hecho, la verdad ha guiado nuestra pluma. El tipo de la muger del pueblo andaluz es el mismo que queda descrito; y el último rasgo que lo caracteriza, es la *altivez* y *fiera* con que se pinta en el romance cuando se considera ofendida en su decoro.

A. DE BELMAR.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Mas vale ser cabeza de raton que cola de leon.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO Á ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.